

CRISTIAN SEGURA

Gente de orden

La derrota de una élite

Galaxia Gutenberg

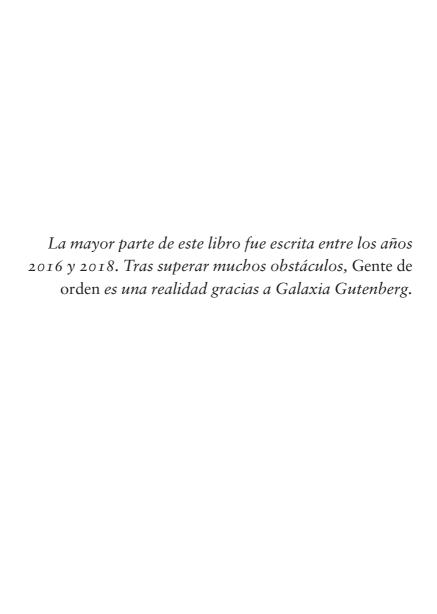
Publicado por Galaxia Gutenberg, S.L. Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª 08037-Barcelona info@galaxiagutenberg.com www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2022

© Cristian Segura, 2022 © Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona Depósito legal: B 92-2022 ISBN: 978-84-18807-67-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Índice

Avenida de la Victoria	Ι
Camisas 1	5
Porteros	Ι
Baldosas hidráulicas 2	7
Anarcocapitalismo 33	3
Cinco asientos vacíos	5
«Vivan los bribones»	Ι
Un día en el tenis 6	5
Glamur	9
Corte y confección	9
Turó Park 8	5
Héroes	Ι
Los pilares del orden	7
Parvulario Pedralbes	Ι
Gitanes	3
La manzana de oro	5
Una mierda en El Port de la Selva	Т

Un rey de Oriente
Getxo
Hu Nan223
Mohinder Lal
Las filipinas239
Sant Ignasi
El elixir de huevo
Decadencia
Epílogo. La derrota

Avenida de la Victoria

El mundo del que vengo se está extinguiendo. El universo no se tambaleará cuando deje de existir; de hecho, algunos incluso lo celebrarán. En algún momento del pasado yo también lo habría celebrado, pero es donde nací y es normal que esté de luto. A pesar de que sus habitantes pueden ser gente arrogante, hoy sobre todo dan lástima, como los indígenas que venden baratijas a los turistas. Este mundo es hoy un reducto y parodia del pasado que ni siquiera se rebela por sobrevivir.

Es un mundo pequeño, es una realidad más comprobable mental que físicamente. Sus fronteras son más sociológicas que geográficas. Si la tuviéramos que delimitar físicamente, estableceríamos sus límites meridionales en el Real Club de Polo, Sant Gervasi al norte, Gal·la Placídia al este y el Tibidabo al oeste. Más allá están sus colonias del Maresme, el Empordà, el Vallès y el Pirineo. Hablo de la zona alta de Barcelona, lo que un día, jugando, bautizamos como Upper Diagonal.

Ahora hay un hotel que se llama Upper Diagonal, en el paseo de Manuel Girona, junto a San Odón, la iglesia donde mosén Perales, conocido como Fittipaldi, ha celebrado durante años sus míticas misas de veinticinco minutos, las más cortas de los domingos para la alta burguesía barcelonesa. Cortas y eficaces; cliente satisfecho, cepillo lleno. Si el catolicismo pierde fieles al por mayor en Europa, en este reducto de Barcelona todavía conserva una presencia envidiable. En San Odón, los domingos, y cada día de la semana en la vecina iglesia de Santa Gema, una multitud asiste a las ceremonias, todas en castellano menos una en catalán los domingos. Durante los oficios del domingo hay jóvenes de camisa bien planchada y chicas monas de Instagram esperando pacientemente en los bancos para que quede libre alguno de los cuatro modernos confesionarios de Santa Gema.

Manuel Girona era un banquero; parte de sus antiguos condominios, en el barrio de Pedralbes, hospedan el supercomputador de la Universidad Politécnica de Cataluña. Este ordenador se ubica en la calle de Jordi Girona, que era el bisnieto del banquero. Jordi Girona era monárquico y amigo de Primo de Rivera; murió en 1936 intentando sublevar Barcelona contra la República. En la avenida de Pedralbes, exactamente entre los

dos Girona, en el número 22, mantienen un rótulo de hierro con el antiguo nombre de la calle: Avenida de la Victoria [victoria de las tropas franquistas en 1939]. El bloque de pisos se llama Edificio Victoria. En 2015 escribí un artículo informando sobre el rótulo; el administrador de la finca me aseguró que no se habían dado cuenta de que seguía allí. A mí me gusta pensar que lo mantienen en un gesto punk reaccionario.

Cuando yo era pequeño, mi padre me llevaba al Real Club de Polo en coche por Manuel Girona. Eran los sábados y los domingos por la mañana, no había tráfico. La esquina con la avenida de Pedralbes era uno de mis puntos favoritos de aquel pequeño territorio nuestro. Las antiguas cuadras de los Güell, diseñadas por Antoni Gaudí, son un escenario mágico de piedra que reproduce el jardín de las Hespérides. Hay un portalón de hierro en forma de dragón, la bestia que custodia las manzanas de oro, codiciadas por Hércules. En la década de los ochenta aquello era un espacio prácticamente abandonado e incomprensible para mí. También estaba el gitano del semáforo frente al Edificio Victoria, que me llamaba más la atención que las Hespérides, por su cortesía y al mismo tiempo por una mirada desafiante cuando pedía limosna que le resultaba sumamente efectiva. Mi padre me dice que todavía se le puede encontrar allí, y que es tan echao palante como antes, o incluso más.

Camisas

Si atendemos al actual relato oficial, prácticamente todo el mundo era antifranquista en Cataluña: los únicos afines a la dictadura eran un puñado de familias importantes del país. Pero la familia pequeñoburguesa y franquista de la novela *Pa negre* era real, los barceloneses que salieron a la calle en enero de 1939 a dar la bienvenida a las tropas nacionales también eran reales. Los alcaldes de Convergència que habían sido alcaldes durante el franquismo también son reales. Hoy, franquistas catalanes solo quedan algunos nombres selectos y fácilmente identificables para ser vilipendiados, sobre todo Juan Antonio Samaranch.

Ni siquiera en la zona alta de Barcelona, en los barrios de la gente pudiente, quedan «franquistas pragmáticos». No se trata de franquistas militantes, gente que desfile por el paseo de la Bonanova con la camisa azul y que vote a Vox; me refiero a personas diestras en la conniven-

cia y que aprecian el orden, el inmovilismo, la estabilidad de su negocio. Estos eran la gente de orden. La gente de orden en la Barcelona del siglo XXI se ha convertido en una reserva de indios navajos. Quedan pocos y viven de espaldas a una nueva era. Estos son para mí los más coherentes: si les ha ido más que bien durante generaciones con las mismas ideas, ¿por qué deberían cambiar ahora?

Pero la mayoría sí ha cambiado, y muy rápido. Han querido adaptarse a toda prisa a una nueva época, sin tiempo suficiente para realizar una transición normal. Gracias a ello surgen actitudes tan interesantes como este testimonio de Antoni Vila Casas. Empresario farmacéutico de éxito, filántropo del arte como pocos en Cataluña, Vila Casas es un hombre de orden que se ha hecho independentista a pesar de las contradicciones que ello puede suponer para él. Muchas de las personas que han salido de la reserva para incorporarse a la vida moderna no pueden ocultar su condición de gente de orden. He aquí el ejemplo de Vila Casas, según el libro entrevista autobiográfico El que pensin de mi no m'interessa gens: «Cuando terminó la guerra, casi todo el mundo era franquista. En los cines paraban en el descanso para poner el himno y todo el mundo levantaba el brazo. Durante la guerra se habían hecho muchos disparates y, cuando terminó, mucha gente valoraba el orden y la paz. A mí me ha gustado siempre el orden. El franquismo era un Camisas 17

régimen detestable, pero los que no nos metimos en líos pudimos prosperar. Yo pude hacer el bachillerato, la carrera, las milicias, puse una farmacia, monté un laboratorio... y hasta hoy. No sé si Franco trataba a Cataluña tan mal como nos tratan ahora. Era un dictador y que quede claro que no le exculpo de nada, pero tenía cierto respeto por Cataluña porque sabía que sacaba provecho de ella. Entiendo, sin embargo, que la gente no quiera tener ningún recuerdo».

El cacao mental que hay que tener para plantear que el franquismo respetaba más a Cataluña que la España actual solo puede ser consecuencia de los malabarismos que muchos han tenido que improvisar para no perder el tren de la independencia. Ello provoca conflictos puntuales entre la gente de orden que sigue en la reserva y los que han cambiado diligentemente de camisa. Lo de las camisas no es un decir; Vila Casas lo explica así: «Con mis amigos no puedo hablar de este tema. Ahora votan a Ciudadanos, porque les da vergüenza votar al PP. Les da miedo la independencia porque hoy todavía se ganan la vida como empresarios. Pero no tienen en cuenta que los mercados cambian, y que si seguimos en España estarán cada vez peor. Deberían pensar en sus hijos. Hay muchos catalanes que son españolistas. Los reconocerás por el cuello de las camisas. Si el cuello de la camisa lo llevan abierto, son españolistas. Si llevan la camisa como la llevo yo, así cerrada, son catalanistas».

En mi familia, aparte de hacerse independentistas, también dicen que se han hecho de izquierdas. Esto rompe la lógica natural; por sistema, cuanta más edad tenemos, más conservadores somos. Vila Casas también ha virado a la izquierda, según asegura en el libro. Yo soy de izquierdas, lo que coloquialmente se conoce como un pijoprogre, pero lo he sido siempre. Mi pareja dice que no soy pijo, que mis posesiones (nulas) y mi forma de ser no son las de un pijo, pero yo sé que lo soy porque entro en la tortillería Flash Flash y me siento como en casa; me invitan a comer en una finca con jardines, piscina, servicio, cuadros de Torres García y Tàpies, y me siento cómodo. Hay una manera de ser y de estar que va más allá de propiedades o de lucir marcas. Lo describía Milena Busquets en un artículo en El Periódico dedicado al editor Claudio López Lamadrid:

«Hemos perdido a un vecino del barrio, este barrio arbolado, tranquilo y diáfano, burgués y sin pretensiones, en el que todavía se pueden ver pasar las estaciones simplemente mirando por la ventana y en el que uno (ingenua y estúpidamente) a veces piensa que nada malo puede suceder. Era un gran editor pero supongo que la mayoría de la gente con la que se cruzaba por la calle no lo sabía. Casi nunca iba solo, o bien paseaba a su perro o bien arrastraba una maleta, a veces iba acompañado de su bella novia.

Camisas 19

»[...] Amo y perro tenían esa elegancia, tan barcelonesa, que consiste en ir un poco desastrado. Los jerséis son de *cashmere* pero tan viejos que están agujereados (a menudo una herencia de los padres), las camisas de darles tanto uso han perdido el color original y son de un verde o de un azul desvaído con los puños y los cuellos algo raídos, el calzado es utilitario y pueden llevar los mismos zapatos durante quince años, nunca van peinados, nunca llevan relojes rutilantes».

Decidí que sería de izquierdas con dieciséis años, después de jugar un partido de hockey en el Polo. Todavía sudado, con el palo y las espinilleras en las manos, me acerqué al bar antes de ducharme y allí me encontré a Gabriel García Márquez. No me lo podía creer: uno de mis referentes, tomando un refresco en el bar de mi club. Amigo íntimo de Fidel Castro, abanderado de la izquierda intelectual, en calzón corto, con raqueta de tenis, acompañado de dos chicos —eran sus nietos, o sobrinos, no lo puedo precisar—, que tomé por querubines de tan rubios y bellos que eran. Recordaré siempre el diálogo:

- -¿Es usted Gabriel García Márquez?
- -Pues sí, soy yo.
- -¡Qué honor saludarle! No se atragante con la Coca-Cola.
 - -¿Por qué?
 - -Porque es veneno imperialista.

García Márquez no dijo nada más. Espero que tuviera en cuenta que yo era un chaval de dieciséis años, muy nervioso por tener delante al autor de *Crónica de una muerte anunciada* o *El coronel no tiene quien le escriba*, obras que en ese momento me servían de pasaporte a otros mundos, lejos de realidades como el Polo. García Márquez también me convenció que ser de izquierdas no se contradecía con disfrutar de los placeres que te ofrece la vida.